

CAPITULO XXV.

NUEVOS ESCÁNDALOS.

No tiene un hombre en su mano el medio de empujar una sociedad, pero tampoco tiene un César en su poder en medio de detenerla. No puede un conjurado obrar en el trascurso de rápida noche el milagro de una revolucion; pero tampoco puede el rey desde su trono detener las ideas, destronar el derecho, ahogar las generaciones que se adelantan, é impedir el cumplimiento de las leyes divinas de la Historia.

Para fundar el régimen moderno, el régimen constitucional, se necesitaba que el jefe de la nacion inspirase grande respeto, no impuesto por la fuerza de las bayonetas sino por la fuerza de la autoridad; y mal podia inspirarlo quien asaltara en noche siniestra eternamente triste el Parlamento, y diera veinte años de vergonzosa dictadura á su patria. Hay crímenes que no se-redimen jamás en la sociedad. Y el acto por excelencia de Napoleon III, su golpe de estado, el comienzo de su Imperio y su fortuna, era uno de esos crímenes. Así la época de su sistema de alianza entre el gobierno necesariamente absoluto de un César y el

gobierno necesariamente liberal de un Parlamento fué la época de los incidentes más tristes, de las peripecias más dramáticas, de las perturbaciones más profundas, de la verdadera, de la irreparable catástrofe. Las paradojas se dicen muy fácilmente en los periódicos, y muy difícilmente se practican en la realidad. Emilio Girardin sostuvo una extraña, estrambótica, sostuvo como forma perfecta de gobierno aquella en que el pueblo tiene el derecho de decirlo todo y el gobierno el derecho de hacer lo que le pida el gusto; fórmula verdaderamente irrealizable. La palabra no es la entelequia de los antiguos, la sombra de las ideas desvanecida y disipada en los aires, la palabra encarna en la realidad y tiende á producir tarde ó temprano organismos políticos á la manera que la materia en sus progresos, tiende á producir organismos naturales. Y si el gobierno se acomodaba á la opinion del pueblo expresada por sus medios legítimos, no tenia la facultad de hacerlo todo segun su arbitrio y su antojo; ó si á la opinion pública no se acomodaba, habia de concluir



por ahogarla, por suprimir el derecho del pueblo ó por resignarse á la revolucion y á la guerra. La prensa libre, las Asambleas deliberantes, el derecho de reunion pacífico; todas estas instituciones han nacido para que la opinion pública rija y dirija la sociedad. El gobierno en estos pueblos y con estas leyes, el gobierno es movido y no motor. Poned sobre la libertad un rey absoluto, un César dictador perpétuo, un gobierno personal, pagado de su Infalibilidad, de su omnipotencia, y decidme si no resultará de tan grande antagonismo, de tan profunda discordia, la guerra, inevitablemente la guerra, el exterminio de uno de aquellos principios por su contrario que tenderá á ser predominante. Algo del pensamiento de Girardin habia penetrado en la cabeza de Napoleon, de este hombre á quien teniamos por el más práctico de los políticos, y resultaba el más soñador é idealista. Sí, sueño era y sueño vago el Congreso europeo, citado para regular el derecho internacional y traer la paz perpétua; sueño era y sueño vago el Imperio establecido en América para fundar sobre esa monstruosa institucion, que negaba á un tiempo la libertad y la independencia, el predominio de la raza latina; sueño, y sueño vago proclamar y servir la unidad italiana poniendo á su lado un Paparey alzado sobre la porcion de territorio que unia las dos mitades de Italia; y el mayor de los ensueños, el más vago, el más irrealizable, la armonía de la libertad con el Cesarismo.

Parece haber dividido la naturaleza los hombres de Estado en hombres de idea y hombres de accion. Son los primeros aquellos que conciben un pensamiento, y lo propagan y lo difunden y lo vulgarizan y lo convierten prontamente en luz de la conciencia, en ídolo del hogar; los segundos los que practican el pensamiento ajeno, y lo realizan y lo difunden por las venas de las sociedades, y lo encarnan de alguna manera en la viviente realidad. Ricardo Cobden y Roberto Peel son los dos representantes de estas dos fases de

la humana política. Es cosa averiguada que hay desequilibrio entre la facultad de engendrar ideas y la facultad de engendrar séres. El cerebro en Newthon, Kant, Platon, Virgilio, Miguel Angel, y muchos hombres eminentes, se ha desarrollado á expensas de otras fuerzas fisiológicas. Ninguno de ellos ha tenido más posteridad que sus obras. Pues hay tambien diferencias entre el hombre de pensamiento y el hombre de accion, entre el filósofo y el estadista, sobre todo en política. Un hombre de accion por excelencia era Napoleon el Grande. Sus campañas no tienen rival, pero su política es tristísima. Hombre de pensamiento, Alonso el Sábio de Castilla. Su mente abraza la ciencia entera; su fuerza no alcanza á desarimar un hijo rebelde. La conjuncion de los pensamientos y de las obras, de las ideas y de la accion, es el privilegio casi exclusivo de César. Napoleon III no podia ni de lejos levantarse á la altura de esos gigantes. Para hombre de accion tenia demasiado pensamiento. Para hombre de pensamiento demasiado apego á la vida práctica. Durante su apostolado pecó ciertamente como hombre de idea, apadrinando todas las utopias que encienden los ánimos y no mejoran la condicion del pueblo; y pecó tambien como hombre de accion, urdiendo aquellas conspiraciones de Estrasburgo y de Boulogne, que le hicieron ludibrio de las gentes. Ya en el trono, por cambiar de posicion, á la verdad, no cambió de naturaleza. Fué mal filósofo, puesto que ideaba lo absurdo, y mal estadista, puesto que desconocia la realidad. Pero su inclinacion le arrastraba á soñar. Temperamento germánico, necesitaba de las ideas vagas como de una nutricion indispensable. Sus ojos, de una vaguedad infinita, se perdían en las espirales de humo de su eterno cigarrillo, y se perdía su mente en las espirales de humo de sus eternos ensueños. Emilio Girardin llegó á decir en cierto artículo célebre que el Emperador era el más perfecto de los hombres, el más deseoso del bien y de la prospe-

ridad de su pátria; pero que tenia un defecto irreparable; consumir su vida en soñar y en ver cómo se disipaba y se desvanecía en los aires el humo de su cigarrillo.

Bien pronto el sueño de la libertad imperial habia de desvanecerse y disiparse en tristes y amarguísimas realidades erizadas de espinas. Ya hemos visto cómo habia salido de los comicios y de las discusiones del Parlamento. Ya hemos visto cómo las elecciones fueron, á lo ménos en París, una perturbacion; y los debates del Cuerpo Legislativo un escándalo. Ya hemos visto que la dinastía se cubrió de negra sombra con el crimen de sus príncipes. Ya hemos visto que los demagogos consiguieron su intento con la eleccion de Rochefort; imposibilitar casi el movimiento regular del Cuerpo Legislativo, obligándole á enviar uno de sus individuos desde el sitial de los legisladores á la cárcel de los criminales. Así relampagueaba en la mente oscurísima del César la idea amenazadora y tonante de la guerra, idea que debia realizar como habia realizado otras muchas, la de Méjico, la de Italia, sin tener para nada en cuenta el aspecto más grande de las cuestiones políticas, el aspecto de la realidad. Bien es cierto que á este fin, al fin de la guerra, conspiraban de consuno los intereses del Emperador y los escándalos de la demagogia. Lo veremos muy pronto cómo cumple á la verdad y á la imparcialidad de la Historia.

Y al historiar de nuevo, debemos tambien de nuevo tropezar con el nombre de Flourens. Muchos, muchísimos inconvenientes tiene el absolutismo; pero el mayor es la personificacion de toda la sociedad por un solo hombre. Y en vista de tamaño absurdo, de tamaña enormidad, cualquier soñador extravagante cree posible cambiar á su antojo las sociedades humanas y desengarzarlas de su centro de gravedad para conducir las á las esferas que le sugiere su errante pensamiento. Si á esto se añade que ese pensador tiene

B.

audacia en su carácter, desinterés en su conducta, completa abnegacion de su persona y culto exaltadísimo á las ideas, tendreis en él una verdadera amenaza al orden social; porque parte considerable de las gentes imaginará fácil y hacedero sustituir el sistema personificado por un solo hombre con el sistema que otro hombre personifica. No pongais nunca las sociedades humanas al arbitrio de las pasiones individuales. No consentais que un hombre personifique toda oposicion y toda protesta no consintiendo que otro hombre personifique toda autoridad y todo poder. Si los orbes pudieran ser divertidos de sus órbitas por el dedo de un niño, por el aliento de un tribuno ¿qué diríais de la máquina celeste? ¿Y qué direis de sociedades resueltas á librar su vida entera, su eternidad á la frágil vida y á la breve duracion de un hombre? Los utopistas eran los hijos primogénitos del Cesarismo.

Flourens los personificaba con más títulos y con más derecho que nadie. El pueblo le seguia y le adoraba. Su intrepidez era heroica como la intrepidez del suicida, que ama é invoca á la muerte; sus maneras aristocráticas, distinguidísimas, seduciendo y cautivando por lo mismo al pueblo, que gusta de ver cómo las eminencias se allanan hasta confundirse con los hondos valles; la palabra, sin llegar á extraordinaria virtud, pasaba por ardiente, mezclando á la solemnidad de los profetas bíblicos la salática de la conversacion parisiense; su cólera, que le cegaba y le embriagaba, tenia en su exaltacion y en sus desvaríos mucho de desinteresada y de noble; odiaba todo aquello que pudiera rebajar al pueblo, y en sus mayores locuras, en sus empresas más demagógicas, nunca abdicaba la elevacion de miras, nunca se desceñia de su traje de caballero; monge y soldado, cenobita y tribuno, algo como Arnaldo de Brescia; discípulo de los oradores y discípulo de los filósofos; un sacerdote de Israel en las plazas de Grecia ó en las guerras civiles de Roma; el alma de los Gracos jun-

75



tándose á la austeridad de Savonarola; y con estas cualidades tan brillantes y tan opuestas al medio social en que somos, respiramos y vivimos; destinado para nuestro daño y para el suyo propio á inferir grandes perjuicios á la libertad; y á trabajar, contender, y morir por lo absurdo y por lo imposible; inútil, aunque heroico mártir de sus soñadas utopías.

Era Flourens realmente un sér trágico. Llevaba tempestades en los ojos, lágrimas en la voz, fuego en la palabra. Su erudición portentosa le servía para herir al César hasta en las conferencias literarias. Cuando hablaba de Cicerón retrataba al enemigo del dictador. Cuando hablaba de Shakespeare, veía la figura siniestra del dictador en el sublime aunque horrible personaje que representa en sus dramas la desapoderada ambición. Hijo de un hombre ilustre, catedrático del Colegio de Francia, continuador de las lecciones de su padre, su filosofía era anti-teológica como toda la filosofía moderna; pero eminentemente espiritualista, penetrada de la idea de Dios, de la idea del alma y de la idea de la inmortalidad, y enemiga de todos esos sistemas que aplastan nuestro albedrío bajo el peso de su fatalismo. Entonces Flourens pasaba del estudio de la naturaleza material é inorgánica al estudio de la naturaleza orgánica; y del estudio de la naturaleza orgánica al estudio del organismo; y del estudio del organismo al estudio de sus relaciones con el Universo; y encontrándose frente á frente del hombre, no se contentaba con derivarlo del ayuntamiento de las fieras y de la selección natural de la especie; veía en su frente amanecer la divina luz, la luz del espíritu, y lo seguía al través del tiempo y del espacio, en las transformaciones y metamorfosis de su existencia; produciendo ora la familia, ora el Estado, ora la Religión con sus infinitas esperanzas, ora el arte con sus horizontes celestes, hasta llegar á la plenitud de su sér en la plenitud de la ciencia, cumpliendo su destino de realizar

el bien, la hermosura, la verdad, toda su esencia, en nuestro divino planeta. Liberal, profundamente liberal, no tocaba ni de lejos en los confines de la demagogia. Pero el liberalismo fué durante mucho tiempo en el Imperio francés un verdadero crimen; y Flourens se encontró un día despojado de su cátedra. Entonces su actividad febril é inquieta necesitó algun alimento, sus ambiciones generosas algun espacio, su afán de amar algun objeto, su afán de ser amado alguna causa que abrazar con febril entusiasmo, y en cuyas aras morir con la santa, con la divina locura del martirio. Joven, distinguido, hermoso, favorecidísimo por la fortuna, elocuente, parecíase al Enjoeras de Víctor Hugo en que jamás se le conoció pasión por ninguna mujer. Cuando en las confianzas y en las expansiones de la amistad solían preguntarle los amigos por su amada, poníase colorado como una vírgen, y contestaba:—«Mi amada es la humanidad.»

Este amor le llevó á dejar sus libros, desertar de su gabinete, huir de sus antiguas lecturas, y febril, exaltado, impaciente, exagerándolo todo, desconociendo la impura realidad, á caer de hinojos ante la demagogia, y ser triste cómplice de sus brutalidades y de sus locuras. ¡Él! que tanto habia predicado contra el regicidio, y que tan claramente habia visto cómo los sucesores de César debieron el Imperio al puñal de Bruto, por el horror instintivo que hay en la naturaleza humana al crimen, por la verdad evidente de que el mal sólo engendra el mal ¡ah! cayó, no ya en la teoría, en la práctica del regicidio.

Su ideal de vida se encerró en la historia de Harmodio y Aristogiton, á quienes prestaba fervoroso culto. Parece imposible que maestro tan erudito cayera en error tan grande. Harmodio y Aristogiton, profundamente heridos porque Hiparco, uno de los dos tiranos de Atenas, bastante desconocedores de su patria para imaginar que podían someterla perpétuamente al prestigio de su ilustre

nombre, y fundar sobre sus espaldas perdurable monarquía; profundamente resentidos, iba diciendo, de que Hiparco infiriera el agravio de llamar á una de sus hermanas á las procesiones públicas para que desempeñase la alta dignidad de canéfora, ó sea portadora de los canastillos de flores consagrados á los dioses, y luego públicamente la despidiese, como si la vírgen se hubiese convertido en torpe prostituta, aprovecharon las fiestas panatheneas, el desfile de los ciudadanos armados hácia la Acrópolis, para en la Cerámica, fuera de las puertas, clavar sus puñales, ocultos bajo flores, á su enemigo, rematándolo allí con antigua premeditación y verdadera furia. Flourens creía sin duda lo que cánticos populares, poco en armonía con la verdad histórica, contaban de que al matar al tirano, mataron también los dos héroes griegos á la tiranía, recobrando la libertad su patria. Si Harmodio y Aristogiton tuvieron estatuas, si sus familias se exceptuaron de las cargas públicas, fué después de mucho tiempo de haber cometido su crimen. La Historia imparcial y serena enseña que si el reinado de Hippias se prolongó cuatro años allende la muerte de Hiparco, manchando con toda suerte de crímenes la historia atheniense, y oprimiendo con toda suerte de opresiones al pueblo artista, debióse al eterno horror que inspira á los mismos tiranizados el tiranicidio.

Flourens mismo nos ha contado sus conjuraciones, que apenas creíamos, si las hubiese contado otro escritor, creyéndolas hechuras del odio político. El plan era vastísimo; y estaba concebido con todos los defectos de estos planes, en su mayor parte fantásticos, que la pasión engendra en la fiebre de sus delirios y que la realidad desvanece. Vencido en una empresa, ideaba Flourens nuevamente otra. No pudiendo alcanzar la revolución en las calles, tramaba confabulaciones en los palacios. Ganarse una parte de la servidumbre; coger las Tullerías; combatir con la guardia

como los republicanos del noventa y dos combatieron con los suizos; paralizar todos los elementos de resistencia; destruir el grande alcázar mismo con las invenciones de la industria moderna; aniquilar toda la familia imperial, parecíale á Flourens el más fácil de los procedimientos revolucionarios y el más práctico de los proyectos de emancipación política.

Se necesita leer estos planes contados con toda la ingenuidad de un alma candorosa para creerlos. «Aprovechemos, decía el mismo, las grandes máquinas de destrucción con que la ciencia moderna sirve á los pueblos oprimidos.» No parece sino que esas máquinas de destrucción sólo se dejan manejar por los republicanos avanzados. No parece sino que sólo están obedientes á la voz de los tribunos y de los revolucionarios. ¡Insensato! Las máquinas de destrucción pueden servir ciertamente para que un pueblo oprimido ataque á sus tiranos; pero también pueden servir para que los tiranos se defiendan de ese pueblo. Si todos los elementos de la empresa de Flourens eran como ese elemento; si todas sus esperanzas como esa esperanza, bien puede asegurarse que desvariaba por completo. Había llegado, es verdad, la última hora de la dinastía imperial; pero las fuerzas, que las descomponían eran fuerzas interiores, independientes de los proyectos y de las maniobras de los demagogos. Si hubiera podido salvarse, ellos la salvarían. No hay medio alguno de hacer entrar en razón al fanatismo.

Pero historiemos. Concluidas las perturbaciones en París; vencidos ó presos los cómplices de Flourens; sin esperanza alguna de renovar el combate, pero con ánimo decidido de no darse ningún reposo, partióse el conspirador para Londres secretamente, y concertóse allí con todos cuantos le prestaban oído. El primero con quien tropezó fué con el célebre Tibaldi, venido de una deportación de doce años heroicamente soportada, y resuelto, según dice Flourens, como Harmodio y Aristot-